

# La muerte soñada

Al final, el mercader le organizó la exposición, pero, como dijimos, la histórica cita estudiantil de mayo del 68 anuló su eco. Y es que un misterioso silencio ayudó siempre a las fuerzas reales y vivas a mantener marginado al pintor.

Concientes somos de que con este homenaje póstumo ayudamos a los que le mantuvieron muerto en vida a resucitarle ahora, y hubiéramos renunciado a él de no haber intentado esta resurrección el año pasado. Sabemos también que si Fernández había terminado familiarizándose con la no existencia ("esta es la pintura de un muerto", me dijo, sin conocer nada de su vida, un psiquiatra que vio por primera vez el catálogo de su última exposición); que quizá hubiera encontrado una especie de placer inconfesable en esta situación, al final de su vida la frustración le era insportable, y de la misma forma que su pintura se fue volviendo con el correr de los años hacia unas raíces esencialmente hispánicas, el hombre comenzaba a abrigar una declarada esperanza: ser reconocido en su país. Ullán nos dice en su artículo su obsesión y su decepción por exponer en España y por el resultado de las gestiones. Así, textualmente, me lo contó a mí: "Varias veces se habló de hacer una exposición mía en Madrid. El señor Quintanilla, agregado cultural de la Embajada de España, vino a mi exposición con el embajador, quien dijo que él se ocuparía personalmente. Vino también el director del museo. Me dijo que estaba dispuesto a organizar la exposición, y que me quería comprar dos cuadros muy grandes, entre ellos, éste que estoy terminando. En el CNAC estaban de acuerdo, pero necesitaban una carta confirmando que correrían con los gastos, con los seguros, con los transportes. No dieron más señales de vida, y de esto ya hace casi un año..., no sé cuánto tiempo hace, pues las fechas y yo estamos reñidos; yo vivo en un eterno presente. Yo he renunciado completamente. El embajador escribió al director general de Bellas Artes, que está por encima del director del museo. Entonces el director del museo —se llama González Robles— envió una carta al embajador, y la Embajada me mandó una copia. En esta carta no decía nada importante. Dice nada más que está dispuesto a hacer la exposición, y que le guarde el cuadro —me habían hablado de tres cuadros, y ahora sólo era uno— que había reservado. De modo que yo no le guardo nada y estoy dispuesto a venderlos al primero que quiera comprarlos. No han mandado nunca la confirmación oficial al CNAC y ya no se puede hacer, pues la exposición sale para diversos países de Europa y varias ciudades de Francia. Varios amigos me han dicho que es una vergüenza que no haya ningún cuadro mío en ningún museo español y que no se haya organizado la exposición. Pero en esto también tengo la conciencia tranquila y puedo asegurar que no es culpa mía".

Ya es tarde. Porque mucho nos tememos que la hora de Fernández haya llegado con su muerte. ■ RAMON CHAO.

«No sabe ser primitivo, desconoce el disfraz de la ingenuidad, respira su inocencia, creando un halo donde el pecado original se desfigura en sus trasplés y pide tregua. La sobriedad, la respiración, su ligero apoyarse, borran las huellas y descorren un encantado fragmento de espacio puro».

LEZAMA LIMA

**E**N septiembre de 1963, André Malraux veía en los solemnes funerales de Braque una respuesta vindicativa a las miserables exequias de Modigliani y al entierro siniestro de Van Gogh. Efímera venganza: Luis Fernández acaba de morir oscura y escondidamente, sin antes tropezar con los espejos del reconocimiento. Ni siquiera quienes le amamos podríamos reclamar un llanto a esa ruptura, hasta tal punto su humildad nos enseñó el acogimiento austero y sosegado. Por otra parte, su inexistir era ya ausencia plena. Dueño del ancho olvido, pasaba del misterio a lo real sin entender qué era lo uno ni lo otro, sin nada rechazar, salvo acaso las sombras de falsas profecías.

Recuerdo su voz persuasiva, la risa sin edad que engendraba el so-

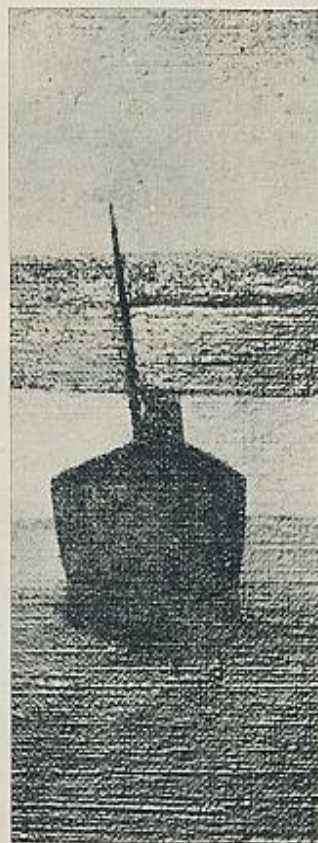
bresalto o el fulgor. Uno sabía que sus manos transparentes y la clemencia de sus ojos no eran de este mundo. Su lentitud sobrecogedora, los serenos cataclismos de su memoria o su distancia frente a las pasiones, ¿qué secreto ocultaban? Nunca quise adentrarme totalmente en ese torbellino hermoso y ceniciento, por temor a no poder regresar jamás. Y, sin embargo, ahora se abre un violento naufragio: los muertos también mueren. ¿A qué puente habría que asomarse para ceder al vértigo? Fernández derribó todos los puentes en la epopeya silenciosa de la luz mental.

Al abandonar su patria, el creador despintó la primera señal accesorio. Su único lugar de residencia va a ser el lienzo, ese paisaje virtual en donde lo cimental es el borrar. Del sacrificio de Isaac que Caravaggio pintara, Fernández se apropió solamente del cuchillo. De un paisaje de Vermeer, reaviva el esqueleto. De los bodegones zurbarrianos, del cubismo, del arte abstracto y del surrealismo, exhuma la pujanza subterránea y desdeña la tendencia, la actitud, la seguridad. Recorre todo para conocer todo: esencialmente, aquello que él anhela repudiar. Más exaltante le parece encontrar lo buscado que encontrar algo sin buscarlo. Sus objetos serán, pues, invisibles

para la pereza, la ignorancia y la pedantería, que, al decir del propio artista, son los dogmas feroces de nuestro tiempo.

Es de temer que, en consecuencia, su pintura tarde en ser contemplada con la adoración debida. Esa magia meditativa, de un rigor implacable, no puede hallar ningún lazo recuperador que la ligue a la fanfarria de una subvanguardia por-diosera y empobrecedora ni a la plúmbea tradición decorativa. Georges de la Tour corrió la misma suerte; y el paralelismo es permisible, pues mientras aquél convirtió lo religioso en cotidiano, Fernández hizo lo cotidiano religioso. Y esto no por deseo de trascendencia, sino para fijar lo intrascendente y, a la vez, iluminar ese deseo sin anularlo. Una iluminación circular, la resonancia del interior, el don de las miradas neutras.

Nada seguro estoy de que Fernández supiese de verdad lo que pintaba. Su atención centróse fundamentalmente en el oficio y, a este propósito, recuerdo sus largas e irresistibles conversaciones sobre técnicas pictóricas, distribución de los colores en triángulos equiláteros cercados por circunferencias, fórmulas matemáticas y problemas de perspectiva, subyugantes al término. En cierta ocasión me atreví a comunicarle mi sorpresa por la



## LLEGA DE OTRO LUGAR NOTICIA DE SU MUERTE

*Hoy han venido todas las palomas juntas, Luis Fernández, como salidas de tus luces y tus sombras.*

*Hoy, en noviembre de un año en que los números diríase conjugan sus potencias más oscuras.*

*Irrumpió la bandada de palomas tiñendo de blancura el amarillo y el verde naturales.*

*Tú te pusiste del lado más secreto de lo nunca visible.*

*Hubo una flor, un vaso y un cuchillo.*

*Hay un cirio de luz incorruptible.*

*Había en bandas planas la visión de lo único.*

*La rosa calcinada en el espejo de su propia memoria y el implacable insomnio de las calaveras.*

*Una bandada de palomas inunda lo amarillo*

*Nacen desde la muerte alas y luces.*

*Luz y sombra contiguas.*

Luis Fernández

*la materia arrasada es la señal del fuego.*

JOSE ANGEL VALENTE



Esa magia meditativa, de un rigor implacable, no puede hallar ningún lazo recuperador que la ligue a la fanfarria de una subvanguardia pordiosera ni a la plúmbea tradición decorativa.

escasa atención que me parecía dedicaba en sus cuadros al cuerpo humano. Es la única vez que percibí en su rostro algo muy parecido a la cólera. Dispuesto a un inventario radical, logró citarme el retrato del resistente, unos pescadores, el busto de mujer desnuda, el retrato de Marie-Laure de Noailles (Inacabado) y el busto del joven desnudo. Aunque inserta en una obra estremecedoramente breve, pensé que la lista era elocuente. Nada de eso; para él, lo detallado equivalía a una refutación categórica de mi extrañeza.

Lo anterior distaba mucho de ser el solo rasgo paradójico de Luis Fernández. No sé de nadie que haya hecho tanto por permanecer ignorado, tal vez incluso sin proponérselo. El hablaba a menudo de la providencia, pero yo creo que le adjudicaba erróneamente los milagros. Lo auténticamente milagroso fue su soledad patética, mientras era admirado por algunas de las más renombradas figuras de nuestro siglo, de Stravinsky a Breton, pasando por Heidegger. Ni los poemas certeros de René Char ni el prodigioso ensayo de María Zambrano han servido de escalá. No es menos verdadero que un marchand nauseabundo ha contribuido hasta lo indecible para consolidar ese aislamiento instintivo, ese resorte sigiloso de autodefensa límpida. Ahora bien, las grietas tentadoras no faltaron. Inútilmente. Por ejemplo, forzoso es evocar la alegría irreprimible de Fernández cuando alguien se acercaba a él en la sala de exposiciones. Procuraba entonces a toda costa la comprensión seguramente imposible, alargaba los comentarios del visitante, invitándole con desesperación risueña a las preguntas vanas. Y

casi toda despedida era un adiós fatal y tembloroso.

Me gustaría insistir en esa contradicción desgarradora. En 1969, tras haberle dedicado un pequeño artículo, me escribía: «Para mí tiene mucha importancia lo que usted hace para hacer conocer mi trabajo y es natural que se lo agradezca. Si todo eso hubiera podido hacerse hace diez años, yo no hubiera estado enfermo». El 3 de septiembre de 1972, a raíz de un número de TRIUNFO a él consagrado, recibí esta carta:

**Mi querido amigo: He recibido aquí el ejemplar, tan lleno de elogios, de TRIUNFO. Como tenemos la intención de ir a Lyon y a Toulouse, le dije a la portera que nos dejara el correo como de costumbre bajo la puerta, pero seguramente por ser TRIUNFO demasiado espeso no pudo introducirlo y me lo ha enviado aquí.**

No sé cómo agradecerles, a usted, a Valente y a Chao todo lo que escriben sobre mí. Cuando estemos de regreso en París, escribiré a Chao y a Valente para darles las gracias. No tengo aquí sus señas y de memoria sólo recuerdo las de usted.

Espero verle pronto cuando estemos de vuelta en París, pero no sé cuándo. Le escribiré.

De nuevo muchísimas gracias y un abrazo de su invariable amigo,  
LUIS

Por esta misma época, uno de los amigos más fieles de Fernández, el compositor Pascual Aldave, creo que llegó a interesar a alguna autoridad oficial española para que se remediasen cosas tan aberrantes como que ningún museo español poseyera un cuadro del pintor asturiano. Comenzan las gestiones y hasta se habla de una gran retrospectiva en

España. Fernández está gozoso como un chaval. Me señala que le van a comprar un cuadro. Pero pronto empiezan los contratiempos. Para abreviar el opróbio y el asco, sólo me referiré a un fragmento de la charla consiguiente: «Fijese usted, es la primera vez que me regatean un precio. Todos mis compradores se han quejado siempre de que pido demasiado poco. Y ahora ese señor de Madrid me dice que es una barbaridad...». A Fernández le brotaban las lágrimas.

En una de sus últimas cartas, incluía esta posdata: «Por fin, el museo de Madrid me compra un cuadro. Pero no sé cuándo me enviarán las hojas que hay que llenar para el pago y todavía menos cuándo me pagarán. Probablemente, cuando el franco haya bajado mucho...». Me temo que Fernández se haya ido sin resolver tan cuitada y ramplona incertidumbre.

Cerramos con desprecio la ignominia. Porque, pese a todo, el autoexilio y la voluntad de amor a los orígenes fueron la respiración de este pintor elegíaco y puro. La sobriedad de su presencia, el odio por los disfraces y la levedad aparente de su huella lo hacían indigno de sus ficticios coterráneos. De ahí que en sus labios mudos me pareciera escuchar antiguos versos:

«Deme luz otra esperanza  
para que sin ésta muera,  
ya que en lo que no se espera  
ni hay engaño ni tardanza».

Rigor de la constancia fúnebre. Picasso ha muerto lejos. Casals ha muerto lejos. Luis Fernández —l'Espagnol— ha soñado la muerte, también lejos.

Su lejanía ilimitada será nuestra vergüenza venidera. ■ JOSE MIGUEL ULLAN.

# El libro de bolsillo Alianza Editorial Novedades

\*\* 473

Sátiras políticas de la España Moderna  
Prólogo y selección de Teófanos Egido

\*\*\* 474

Andre Maurois  
Lélia o la vida de George Sand

475

Sigmund Freud  
El yo y el ello

\*\* 476

Los vanguardistas españoles (1925-1935)  
Selección de Ramón Buckley y John Crispin

477

Karl R. Popper  
La miseria del historicismo

\* 478

Franz Kafka  
La muralla china

\*\* 479

Zolar  
Enciclopedia del saber antiguo y prohibido

\* Volumen sencillo, 60 ptas.

\* Volumen intermedio 90 ptas.

\*\* Volumen doble, 120 ptas.

\*\*\* Volumen especial, 150 ptas.